

La utilización de los monumentos antiguos

«No es posible hablar de una cosa bella que podría estar en cualquier sitio, que se amoldaría a cualquier medio, como mujer perdida a quien mejor le paga. El arte es para nosotros algo familiar, el Genio del hogar, el amigo, el compañero y, lo que expresa mejor todavía nuestros sentimientos, el arte es nuestro dios Lar. Para conocerle hay que conocer su casa. El dios está hecho para el hombre y la obra para el sitio que define y ocupa. La belleza es aquello que tiene mayor belleza en el lugar en que se halla.»

ROMAIN ROLLAND, *Colas Breugnon*

Muchos de nuestros antiguos monumentos siguen utilizándose en aquel servicio para el que fueron construidos hace siglos. El ambiente que les rodea parece haberse conservado inmutable, y por ello podemos gozarlos más plenamente que los transformados por la acción del tiempo o los cambiados de destino. Entre ellos figuran gran cantidad de iglesias, muchos monasterios para los cuales parece no haber transcurrido el tiempo, numerosos edificios en los que se albergan instituciones y necesidades varias veces seculares. Otros monumentos antiguos, sin utilización alguna en nuestros días, yacen abandonados, en ruinas, excepto en aquellos escasos pueblos, tan ricos, inteligentes y amantes de su antiguo arte o de su historia, que los conservan cuidadosamente. Tales los acueductos, teatros y circos romanos, los recintos fortificados, los castillos, los puentes que no se utilizan actualmente. Innumerables iglesias y monasterios arruinanse también en total abandono, ya que el número de los que existen es muy superior al que reclaman las necesidades religiosas de nuestros días. Otros monumentos, finalmente, sirven para albergar gentes y necesidades muy diversas de las que se emplearon al levantarse: palacios, viviendas hoy día de gentes humildes; monasterios vendidos cuando la desamortización y convertidos en casas de labor; sótanos utilizados como escuelas; iglesias que son hoy paneras o fábricas de harinas. El caso más conocido y vergonzoso es el de la vieja catedral de Lérida, magnífico edificio de gran interés artístico, convertida en cuartel desde hace algunos años, a pesar de estar declarada monumento nacional (Real orden de 12 de junio de 1918). El edificio del convento de San Marcos, de León, está repartido actualmente entre el Museo Arqueológico y la Remonta militar.

Pero no solamente el tiempo cambia el destino de los edificios conforme a nuevas necesidades y va dejando que se arruinen los que por no utilizarse parece que han perdido su razón de existir. Tal hecho es fatal, y el hombre tan sólo puede mitigar la acción destructora de los años y de las nuevas ge-

neraciones. También a ella contribuyen el Estado y los elementos oficiales que le sirven y representan, divorciados casi siempre de todo sentimiento artístico. La mayoría de los monumentos que se restauran, es decir, que se rehacen, no se les reintegra a su anterior destino y se les deja desnudos, solitarios y fríos, echándoles la llave y poniéndoles un guardián que los enseñe y vigile. Así están bastantes de los clasificados como nacionales: recordemos, entre ellos, la basílica visigoda de San Juan de Baños; las iglesias asturianas de Naranco, Lino y Lena; la mozárabe de Escalada; las románicas de San Martín de Frómista, y San Juan de Duero, en Soria; la ermita del Cristo de la Luz, en Toledo; los monasterios de El Parral, de El Paular, de Poblet... Es la tendencia odiosa a apartar de la vida las cosas bellas y a encerrarlas en un museo en donde se cataloguen debidamente. Puesto que los edificios antiguos no pueden ser trasladados a un monumental museo, como desearía mucha gente, se les aísla derribando las construcciones que les rodean, se les cerca con una verja de hierro con su correspondiente candado y se les priva de su destino. Conviértense así en obras muertas, perdiendo su contacto con la vida cotidiana y desintegrándose del ambiente en que se encuentran. Sus recintos vacíos, sus grandes muros desnudos, semejan los de una cárcel. ¡Cómo no recordar la impresión de tristeza y de frialdad que producen esas iglesias restauradas y sin culto que han quedado apartadas, al margen de la vida de la ciudad o lugar en que se hallan! Pensemos en cuánto menos bellos serían los claustros y galerías de Santo Tomás de Avila y de la Cartuja de Miraflores, por ejemplo, si estuvieran solitarios, como los de Poblet. Las adolescentes que habitan el palacio del Infantado en Guadalajara, animando sus estancias, dan vida a un edificio que, solitario, enseñado como un museo por un conserje tendrá mucho menos atractivo. Gozamos plenamente de los bellísimos claustros de Silos, un tiempo abandonados, gracias a los monjes negros que los pueblan y continúan en ellos una tradición secular de inteligencia y cultura.

Un edificio se ha hecho para ser habitado por el hombre o por la divinidad. No puede decirnos lo mismo cuando lo visitamos de tarde en tarde, como se visita un museo, que cuando a él está mezclada parte de nuestra vida.

El interés de su conservación reside también en ello. «La nueva ley del trabajo —ha observado un funcionario francés— se impone a todo; es muy difícil que los monumentos puedan continuar viviendo como antaño los grandes señores, sin trabajar, sin producir, aunque no sea más que para su sostenimiento.» Un edificio habitado, además, no se destruye como uno solitario. Si en los monasterios de El Paular y de El Parral hubieran seguido sus congregaciones, contemplaríamos las obras de arte que de ellos fueron arrancadas y no estarían hoy arruinados.

En general encontrar en nuestras villas edificios antiguos cerrados y abandonados, en camino de destruirse, de gran capacidad, que con un pequeño arreglo podrían servir para alojar escuelas o necesidades de interés público que ocupan actualmente locales casi siempre en malísimas condiciones.

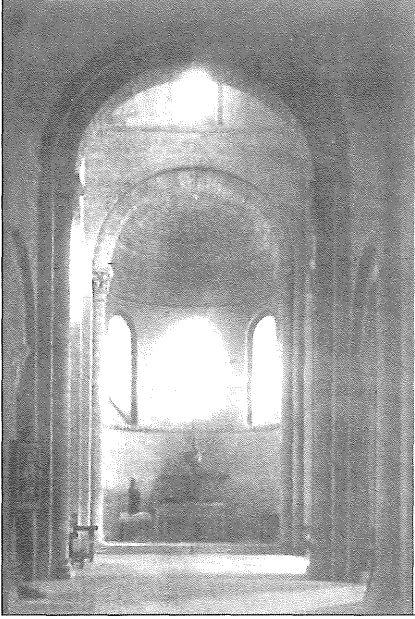
Pero aun cuando se destruyan, aun cuando vayan deteriorándose en el tráfico diario, no apartemos de nuestra vida, en nombre de un falso principio artístico, esos edificios que llevan centenares de años en contacto con la Humanidad. aunque el sol, el viento y los temporales vayan concluyendo con ellos, dejémosles que vivan nuestra vida, pues tal es su fin, y que si es necesario, perezcan con nuestra muerte.

Si, por ejemplo, no se pueden realizar las ceremonias religiosas en San Antonio de la Florida sin que las pinturas de Goya se vayan borrando, dejemos que éstas desaparezcan al cabo de unos años, durante los que podremos gozar plenamente de ellas; pero no hagamos que se pierdan antes al desaparecer el culto de la ermita, privándolas del ambiente para el que Goya las realizó.

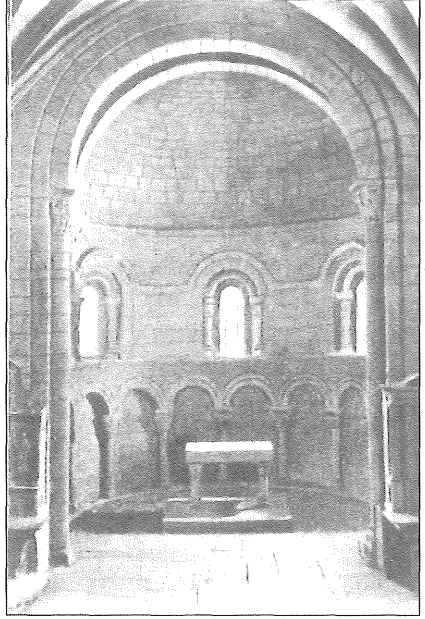
Procuremos también que cada edificio, en lo posible, siga adscrito al mismo destino para el que se construyó. Que en las iglesias se verifiquen las ceremonias del culto, que en los monasterios continúen los cánticos religiosos, que en los palacios prosigan las fiestas y recepciones, que por los puentes antiguos siga pasando el tráfico moderno. Y cuando tal cosa no sea posible, démosles un destino de movimiento y animación en el que sus puertas y ventanas estén siempre abiertas al sol y al aire de la calle, a toda la intensidad de nuestra vida actual.

LEOPOLDO TORRES BALBÁS
Arquitecto

Arquitectura.
Julio, 1920



Interior de la iglesia de San Martín de Frómista después de su restauración.



Interior de la Colegiata de Cervatos después de su restauración.